

ALBA OMIL¹

UN VERSO DE GÓNGORA

La otra noche, cuando caminaba por Santa Fe, a eso de las doce, descubrí la casa que me llamó tanto la atención, sobre todo por su vereda de baldosones, mejor dicho de ladrillos, como si fuese uno de esos escasos ejemplares que todavía quedan de la época colonial pero en pleno barrio Norte –¿raro no?– para no creerlo, a pesar de que suceden tantas cosas increíbles, más que todo aquí, en provincia, en los últimos tiempos, que uno tiene que aceptar nomás que los límites de la realidad van mucho más allá de las propias narices y, ante hechos como este, quedarse mirando boquiabierto, como yo me quedé, contemplando esas baldosas tan gastadas por los años, hasta que me sacó de mi abstracción un ruidito asordinado aunque feroz y multitudinario, según me lo susurrara mi inconsciente, porque no creo haberlo razonado todo en aquel momento, puesto que oírlo y ver el agujero minúsculo en el piso y la caravana de hormigas taladoras fue casi simultáneo, como fue simultáneo también el impulso que me llevó a agarrar semejante manguera que, por un capricho de Dios, o de algún duende travieso, a juzgar por las consecuencias, estaba ahí, justo al alcance de mi mano, ensartada en el grifo que abrí sin dilación para que el agua inundara el hormiguero pero cuál no sería

¹ Catedrática universitaria con destacada trayectoria como ensayista, cuentista y promotora cultural. Es coordinadora de publicaciones en distintos medios de Tucumán, Argentina. Entre sus últimas publicaciones se destacan *Hechicería en las culturas prehispánicas* (ensayos, 2011), *De nieblas y fulgores* (microrrelatos, 2013), *Puebla. Recuerdos y ensueños* (microrrelatos, 2013) y *Los ojos de Medusa* (2014). <http://albaomil.blogspot.com>.

mi sorpresa cuando el filff, gloc, gloc del agua, al caer, se hizo de pronto más violento y vi que el hueco inofensivo se convertía en un boquete impresionante que abarcaba más de dos tercios del baldosón, y al cual fueron a caer dos pollos que acababan de salir corriendo, y medio ciegos, o dormidos, por el viejo zaguán, para ahogarse, irremediablemente, en aquello que ya se había convertido en un arroyo subterráneo que podía arrastrarme a mí mismo en cualquier momento, y no te digo nada del susto que yo tenía encima, más que todo por los pollos moribundos, porque soñarlos así es desventura y amor que se acaba, según lo aprendí de mi abuela (y según lo cantan a gritos, en el recuerdo siempre fresco, mis tres experiencias en la materia) pero no sé a santo de qué podía ocurrírseme que estaba soñando, si aquello era la más pura vigilia, y no en vano lo atestiguaban los ruidos que oía (yo, en sueños, jamás percibo ruidos): los últimos aletazos y los pío, pío, desesperados de los nefastos pollos y hasta su repugnante olor a pluma mojada, para no hablar del agua fría que me empapaba los pantalones hasta más arriba del tobillo y de la que saltó, en ese momento, el primer pez, en curva airosa, que me dejó en la retina el brillo de una dorada armadura y una cierta nostalgia que no me duró mucho porque en seguida brotaron otros peces más, minúsculos algunos, luminosos como chispas de colores, que estallaban en el aire para ir a perderse nuevamente en el agua; o alargados, de casi medio metro, los otros, veloces cañitas voladoras cuyas parábolas y elipses estremecían el cielo con imágenes apocalípticas y de ensueños de pintores locos, pero todo esto me fue olvidado cuando algo así como un chapoteo me obligó a bajar los ojos y vi al hipocampo, blanco, blanquísimo, frío y luminoso como la luna, que daba vueltas y vueltas, igual que un pato, cantando con un sonido voz mezcla de pájaro y de ángel, única e intransferible, y les daba cuerda a mi miedo y a mi imaginación, que no se atrevía a calcular las dimensiones que, a esta altura del partido, había alcanzado el boquete de abajo, ni a prepararse para nuevas apariciones, porque en una de esas, afloraban Colón y sus tres carabelas por el precitado agujero, aunque lo que se me apareció fue la dueña de casa, y no precisamente por el hueco de la baldosa como algún tonto puede estar pensando —con los rulos puestos en su pelo a medio teñir, y con el delantal de cocina, como si ese fuera atuendo para salir a la calle, Dios me libre— sino por la misma ruta de los pollos, seminadando aferrada a una bella calavera (coronada de anémonas marinas que luego se alargaban a modo de flotante cabe-

llera, y de cuyas órbitas brotaban constantemente dos chorros de minúsculos peces voladores luminosos), gritándome “¡animal!” y otros ponderativos menos académicos, “¡que me estás llenando de bichos horribles la casa! ¡Jesucristo, la casa llena de agua y de monstruos! ¡El juicio final! ¡Cerraré ese caño, infeliz, que si no, todos nos iremos a parar quién sabe adónde!” y ahí nomás las palabras se le hicieron piedras porque en ese mismo instante emergió aquella cabezota verde con pelos como algas, enredados y oliendo a olas y a sal, con lapas, ostras, ostrones, nácares desnudos, esponjas y pedazos de coral prendidos a sus mechones, con esos ojos redondos, amarillos y quietos en los que se habían cuajado la eternidad y los miedos infinitos de los infinitos hombres que surcaron los mares, y las imágenes de los infinitos barcos con sus velas hinchadas por los vientos nuevos y sus tripulaciones de aventureros y presidiarios, y con su carga de oro y pedrería, de indios desnudos y pájaros habladores, todos dormidos ya en el profundo lecho de arena, cubiertos con su cobija de herrumbre y sus caparazones de mariscos, pero para qué seguir describiendo si cada uno es dueño de imaginar al endriago como la santa madre gana se le dé, aunque no lo haya visto nunca, como lo vieron mis propios ojos aquella noche, o mejor dicho, aquella madrugada, porque ya eran como las cuatro, y yo sin saber qué hacer, si continuar colgado de la cornisa y con el caño abierto, en espera de alguna sirena azul con cola de oro, o bucear como en mis mejores tiempos, y cerrarlo, pero pudo más mi miedo –sobre todo al simbolismo de los nefastos pollos– y opté por esto último, mientras las primeras luces del alba iban apagando el espectáculo de los peces de colores en el cielo turquesa.